

bilitan y desaparecen. La infusión de sangre y elementos extranjeros es un remedio en muy raros casos, y cuando lo es, nunca para mucho tiempo.

Si no se dota á la generación que languidece y muere de un elemento sobrenatural de vida, superior á las fuerzas humanas ordinarias, la historia nos enseña que no es posible evitar la relajación y la ruina que insensiblemente vienen.

Todas estas verdades son el provecho que nos produce la ojeada á la verdadera historia de la civilización humana. Nos humilla y nos ensalza á la vez; confunde la humanidad, pero la consuela mediante la certidumbre de que la obra de Dios, la naturaleza humana, no puede ser completamente arruinada por ninguna infidelidad.

CONFERENCIA XVIII

EL RESULTADO FINAL DE LA CIVILIZACIÓN HUMANISTA

1. Carácter de Timón, el aborrecedor de los hombres.—Por el tiempo en que la ficticia prosperidad de Grecia súbitamente se arruinó, como flor que ayer se erguía en toda su gracia y hoy se marchita y pudre á consecuencia de la primera helada, vivía en Atenas un hombre que llamó de un modo especial la atención de los moralistas y de los poetas, no sólo de entonces, sino también de los sucesivos. Era Timón, el misántropo.

Según todo lo que de él sabemos, no podemos juzgarle como un hombre ordinario. Tenía regular instrucción en filosofía, era sociable, se distinguía por su amabilidad, y estaba bien mirado á causa de los servicios que había prestado á su patria, pues daba á manos llenas sus riquezas al Estado y á sus amigos. ⁽¹⁾ Pero debió experimentar lo mismo que todo hombre serio, cuando la religión y la moral declinan; pues es muy raro encontrar un espíritu tan superior y una virtud tan perfecta, que no se vea arrastrada, por la decadencia general ó la indiferencia, á la acritud y á los desórdenes.

En este caso se encontró Timón. Habría podido tolerar que la muchedumbre hubiera caído en la vulgaridad; pero hería de muerte su corazón el que no procediesen mejor los más nobles espíritus con que estaba relacionado. Veía á los hombres decaer más profundamente cada día, y con ellos la sociedad y el Estado. Entonces comenzó á odiarlos; herido su orgullo por no poder separarse de la socie-

(1) Lucian., *Timon*, (5) 5, 7, 8, 50, 51.

dad de aquellos que juzgaba indignos de él, ni prescindir de sus servicios, ⁽¹⁾ le inspiró un odio verdaderamente profundo contra toda la humanidad. ⁽²⁾

Nada fué capaz de aplacarle; cuanto más se penetraba de la idea de que todo era negro en torno suyo, y perdido sin remedio, más se exacerbaba su espíritu. ⁽³⁾ Empezó á odiarlo y maldecirlo todo, el bien lo mismo que el mal, y aquél más aún que éste; pronto su odio no tuvo por único objeto á los hombres, sino á la divinidad, por dejar que todo perezca sin ofrecer medios de salvación. ⁽⁴⁾ Por fin, se irritó contra Dios tan fuertemente como contra los hombres, ⁽⁵⁾ y contra sí no menos que contra los demás; si no hubiera sido tan intolerante consigo mismo, habría sido más paciente con los otros; pero de ese modo, lo más tolerable para él era lo que más se le parecía. Sólo con respecto á las mujeres, por él profundamente despreciadas, aparecía completamente desarmado, ⁽⁶⁾ como sus modernos imitadores, Byron y Schopenhauer. Antonio, el triunviro, también dejó el mundo para irse á su retiro que, en honor de su modelo, llamó *Timonium*, pero fué para precipitarse en orgías siempre nuevas. ⁽⁷⁾

Semejante descontento del mundo y de los hombres no procede del bien ni conduce á él. Timón no deseaba el mejoramiento de los hombres; únicamente los maldecía. ⁽⁸⁾ Eran para él una ocasión de desahogar su cólera y habría lamentado amargamente que hubiesen querido corregirse, quitándole así todo motivo de censura; por eso, entre todos, había dos á quienes consagraba especialmente su atención, Alcibiades y Apemanto, porque esperaba de ellos que sumirían á la humanidad en desgracias y desórdenes

(1) Cicerón, *Amicit.*, 23.

(2) Alcifron, *Ep.*, 3, 34, 2. Cicerón, *Tuscul.*, 4, 11. *Hist. nat.*, 7, 18 (19), 3.

(3) Aristófanes, *Lysistr.*, 809.

(4) *Aves*, 1547-1549.

(5) Lucian., 5, 24.

(6) Aristófanes, *Lysistrat.*, 815, 820.

(7) Plutarco, *Anton.*, 69, 71.

(8) Aristóf., *Lysistr.*, 815.

más profundos aún. ⁽¹⁾ Su único deseo, que Shakespeare expresa de un modo muy oportuno para el caso, era ver disminuir cada día el respeto y el orden en las familias, aumentar la desvergüenza, el desarreglo, la insubordinación en los niños, menguar más cada vez la piedad, la paz, el derecho y la verdad, la aplicación y la fidelidad, la tranquilidad y la religión, únicamente para que su odio pudiera crecer y encontrar siempre nuevo alimento. ⁽²⁾ Al morir, ordenó que se le sepultara en un lugar inaccesible, entre malezas, ⁽³⁾ y poner en su tumba una inscripción que atrajese maldiciones sobre la cabeza de quien la leyese. ⁽⁴⁾

2. El desprecio de los hombres y del mundo, consecuencia necesaria del humanismo.—Ese carácter merece en realidad que se le estudie cuidadosamente. ¿Cómo fué posible que naturaleza tan rica en dones se haya extraviado de esta suerte? Un temperamento violento é irritable, una obstinación y terquedad indomables, ⁽⁵⁾ un espíritu de indisciplina que no sabe nunca atenerse á la razón, ni en las alabanzas ni en el vituperio, ni en el amor ni en el odio, nos da ya la explicación. ⁽⁶⁾

Con todo eso, hay una cosa que nos parece imposible de entender: comprendemos que un hombre sin paciencia, sin circunspección, sin caridad, un hombre que solamente juzgue por las observaciones diarias de la vida exterior, sin buscar el bien que está encendido bajo la ceniza; comprendemos, decimos, que semejante hombre acabe por no ver en el mundo más que maldad. Pero ¿debe por eso convertirse él mismo en enemigo del bien? ¿Debe extremar tanto su lucha contra el mal, que se haga todavía más malo que aquellos con quienes lucha? Y precisamente ese era el de-

(1) Plutarco, *Alcibiad.*, 16, 7, 8; *Anton.*, 70, 1.

(2) Shakespeare, *Timon*, 4, 1.

(3) Neanthes, in *Schol. Aristophan. Lysistr.*, 808 (Dübner, p. 208). Müller, *Frag. hist. Græc.*, III, 5, 16.

(4) Plutarco, *Anton.*, 70, 3; *Antholog. Palat.*, 7, 313; cf. *ib.*, 7, 316, 319.

(5) Phrynichus, *Monotropus*, 1. Bothe, *Comic. græc.*, (Par. 1885), 212.

(6) Shakespeare, *Timon*, 4, 3.

fecto de Timón, y es de ordinario el defecto de quien desprecia á los hombres y maldice al mundo.

Podría creerse que ese celo serviría al crítico de poderoso estimulante para evitar, á lo menos en lo que le concierne, lo mismo que tan amargamente censura; sin embargo, la mayor parte de las veces, da como único resultado hacerle decir que, si todos son malos, cosa que sin duda él solo cree, no tiene él necesidad de ser de otro modo; y entonces, el pequeño número de los que parecen ser una excepción, no son más que actores más hábiles, é hipócritas más afortunados.

Ahí vemos la clase de virtud cimentada tan sólo en el hombre y en razones profanas. Quien atribuya á la llamada moral libre seria importancia, debe, sin duda, tener poca experiencia del mundo y mucha candidez; toda la fuerza de la moral libre consiste en huecas palabras; truena contra el mal, lo que sabe hacer perfectamente y á veces con exceso. Por fortuna, de ahí no suele pasar, pues cuando se ocupa en la virtud, le hace más daño que los que amargamente la condenan. Si se trata de actos, entonces muestra su esterilidad, y necesita ser muy hábil para hacer creer al mundo que hay algo bueno en el fondo de esas vanas fantasmagorías.

Y se comprende bien: buscar la más alta sabiduría en el principio de que el hombre debe prescindir de todos los motivos religiosos que dicen estar fuera de él, y encontrar únicamente en sí mismo fuerza para la virtud, vale tanto como excluir toda virtud perfecta, por no decir toda virtud probada, y dejar como existente tan sólo esa vida que todos los días vemos, llena de mentiras y de astucias, cosa la más intolerable para quien se ve obligado á estar siempre en ella. No es extraño que el mundo, conociendo mejor su propia virtud y no queriendo conocer la virtud cristiana, empiece por dudar del bien y concluya por sentir disgusto y alejarse de él como de una hipocresía.

3. El pesimismo como enfermedad intelectual de la humanidad.—De ese modo comprendemos fácilmente

á hombres como Timón. La historia nos enseña que las épocas en que el humanismo alcanzó mayores progresos, hicieron siempre del más sombrío desprecio de los hombres una especie de enfermedad contagiosa. El exceso de civilización en Grecia y en Roma produjo los cínicos y los estoicos; el Renacimiento dió origen al calvinismo y al puritanismo; y la época en que los franceses dictaban la civilización á Europa, dió como frutos el jansenismo y la escuela filosófica preparatoria de las matanzas revolucionarias. La predilección por el pesimismo, que todavía hoy es mayor y más contagiosa que nunca, prueba que vivimos en una época semejante. Con razón dijo un poeta moderno, gravemente atacado él mismo de ese mal: «Cada matorral oculta un destructor del mundo; en cada rama florece el odio á los hombres». (1)

Mucho podría escribir quien pretendiera citar todos los hechos que confirman esa verdad. Tenemos filósofos, novelistas, pintores, poetas é historiadores del pesimismo; encontramos representada esa tendencia en la prensa, en la tribuna, en el teatro, en el congreso de diputados, por demócratas, socialistas y por aristócratas, por mendigos y por millonarios. Encontramos autores como Baudelaire y Nordau, obras como el *Breviario* (2) y el *Libro de canto del pesimista*, (3) que tratan del pesimismo como pretexto para blasfemar de Dios y de todo lo noble. Hay pesimistas entre los reformadores y entre los destructores del mundo; por eso los apóstoles del budismo á la moderna halagan con tanta satisfacción ese espíritu que actualmente reina, pues saben que está en el carácter de la época, y que es un medio seguro de hacer populares á sus representantes.

La comprobación que acabamos de hacer es también la clave para quien se proponga conocer á fondo el significado de esta civilización que da tanto que pensar. Hay en-

(1) Petcesi, *Menschenhass*, (Goldschmidt, 166).

(2) *Pessimistenbrevier*, (2, edic., Berlin, 1881).

(3) Kemmer, *Pessimistengesangbuch* (Minden, 1884).

tre los defensores del pesimismo hombres que en cuanto les concierne personalmente no tenían necesidad de formar en sus filas. Un Byron, un Shelley, un Leopardi, pueden citar, para explicar su descontento, sus propias experiencias, de que ellos mismos fueron la causa; pero ¿qué vió nunca un Schopenhauer de las miserias de la vida y de la lucha por la existencia? Y, sin embargo, se creía llamado á dirigir esos espíritus que, para hablar con Hartmann, consideran como mera ilusión los supremos bienes de este mundo; el amor, la amistad y la esperanza. ⁽¹⁾

Pero cuanto acabamos de decir explica suficientemente lo que de otro modo resultaría incomprensible. Esos hombres no ambicionan más que los aplausos de sus contemporáneos, y favoreciendo el pesimismo, encuentran el modo de adquirirlos más seguramente; no se entregarían á él en cuerpo y alma si no supiesen que ese es el carácter especial del tiempo en que vivimos.

Con mucha frecuencia, pues, en las obras de los pesimistas se revela, no tanto su tendencia personal, como el espíritu general de la época; y sin duda la sociedad misma pone en sus labios las doctrinas que propagan. Puschkin, Tourguenef, Poè, Beecher-Stowe, Lie y Kielland sólo pueden ser considerados como intérpretes de su época y de la sociedad en que viven, y lo mismo puede decirse de todos los que hemos citado.

Precisamente por esta reciprocidad y comunidad de opiniones es muy significativa esa doctrina. Lejos está de comprenderla quien considere el pesimismo como un error de ciertos individuos; es más bien una enfermedad del conjunto, que obra por contagio en sus miembros. El hecho de que el fenómeno se presente en la colectividad es ya una prueba de que la humanidad está enferma.

Prueba también eso que el individuo y todo el género humano están relacionados estrechamente el uno con el otro, y que la corrupción del todo contamina casi involuntariamente á los miembros, verdad que sirve de base ante

(1) Hartman, *Philosoph. des Unbewussten* (8) 353, 385 y sig., 434 y sig.

todo á la doctrina del pecado original. Nadie vive únicamente de sí y para sí; la vida de cada cual es inseparable de la que tiene la totalidad. Como es el tiempo, el ambiente, la atmósfera de la sociedad, así es el individuo; en cambio, hasta el hombre más insignificante influye siempre de un modo ó de otro en los que le rodean y en su época; sufre, obra con ellos; es responsable por ello. Cada hombre es á la vez hijo y padre de su tiempo; cada carácter es el resultado del pasado y del presente, el productor del presente y del porvenir: Lo mismo que la vida y la suerte del niño en el vientre de su madre están estrechamente enlazadas con cada movimiento de su respiración, así también el hombre y la sociedad, el hombre y la humanidad, el hombre, el mundo y el tiempo, tienen una vida y una suerte comunes, como lo son también la falta y el castigo.

De admitir esta verdad depende la inteligencia de la historia.

4. El alejamiento de Dios es la primera causa de aquel mal.—La expansión del pesimismo se explica fácilmente por lo que acabamos de decir; pero con esto no queda explicado aún el origen de un modo de pensar que tan directamente contradice á la naturaleza. Quien no sepa apreciar el Humanismo en sí, jamás comprenderá su origen, pero quien lo conozca confesará que no sólo no lo comprende, sino que lo encuentra necesario.

El pesimismo es la consecuencia del Humanismo, la última palabra de un humanista que reflexione. Con razón dice Eduardo de Hartmann que únicamente los libros importantes del pesimismo nos enseñaron á conocer el verdadero valor de la vida,—quiere evidentemente hablar de los que profesan sus mismas ideas,—arrancándonos á nuestras ilusiones personales, y mostrándonos en qué exceso de disgusto acaba todo esto; en otros términos, el pesimismo prueba que el mundo organizado solamente conforme á los principios del Humanismo, debe conducir á la bancarrota.

Para comprender bien esto, basta con tomar las principales enseñanzas del Humanismo, tales como hemos aprendido á conocerlas en lo que precede, y hacer aplicaciones á la vida real.

Se necesita cierto valor para entrar en relaciones con los hombres, y cierta fortaleza para las luchas de la vida. No solamente los que son profundamente piadosos tienen momentos en que parecen tentados de pedir á Dios milagros; sino que hasta los ateos se contradicen á veces, y piden una intervención extraordinaria de Aquel de cuyo nombre renegaron en la prosperidad. Únicamente los sabios de gabinete y los héroes de mentirijillas, que ni siquiera saben lo que es el frío de un vestido, ni con más motivo la sensación que se experimenta cuando se está mojado, pueden creer posible explicar la vida sin Dios.

Pero hay que presentar á estos charlatanes en plena luz para conocer bien al hombre. Dice el proverbio que es fácil hacer la guerra detrás de una estufa, pero hay muchas cosas que no se aprenden así, especialmente el aspecto serio de la vida. En tiempo de paz, puede ser general cualquiera; no faltan en el mundo héroes antes del combate y hombres diestros y prudentes después de la guerra; lástima que sean con quienes menos se puede contar en el momento de la acción y del peligro. Si fuesen tan comunes los buenos consejos como los grandes pensadores, que junto á una botella de cerveza ó en su escritorio declaran superfluo á Dios, fácil sería entonces auxiliar al mundo; pero por desgracia estos hombres sin energía no tienen importancia alguna en la vida. Esos niños mimados de la fortuna evidentemente creen que los pinos del bosque sólo existen para hacerles profundas reverencias, y tan pronto como sienten una ardilla en el follage, sufren ataques de epilepsia y hay que recurrir cuanto antes á los médicos y á los enfermeros.

Y esas gentes son las que nos repiten con el mayor celo que se puede perfectamente vivir sin creer en Dios. Admitimos que, junto á una buena estufa, y en días tran-

quilos, crea un charlatán poder manejarse bien en la vida; pero nadie dirá que ha visto seriamente, como hombre, la vida, y que nunca sintió la necesidad de una protección superior; si tales son sus pretensiones, no lleve á mal que en público le tratemos como persona de calidad, pero que interiormente le juzguemos como un hombre de muy escaso valer. No son los marinos gente de una piedad extraordinaria, y, sin embargo, la experiencia les dictó la máxima de que quien quiera rezar que se embarque. Y tienen razón en eso. Fácil es á los topos de los campos charlar, pero al decir que jamás tuvieron necesidad de implorar la protección de Dios, dan testimonio de que no conocen las amargas olas, é ignoran, por lo tanto, qué es una borrasca en alta mar.

Esas gentes que afirman no haber necesidad de Dios, son, por lo mismo, los últimos que nos arrancarán la convicción de que no se puede vivir sin fe, y sin una fe vigorosa, y que quien quita al hombre la confianza en la Providencia, le desarma en la lucha por la existencia. Para mantenerse firme en ésta, se necesita una vida interior sólida y superior á la del mundo; en otro caso, ó bien se sucumbe ó se es por lo menos víctima del contagio.

Pero únicamente da fortaleza y confianza la elevación hacia Dios. En vano el Humanismo prodiga bellas frases para hacernos creer que un hombre nunca es más fuerte que cuando tan sólo cuenta con los hombres ó se hizo superior al mundo, pero sin apoyarse más que en éste; porque es indudable que quien conozca el mundo y el corazón humano, sabe cuán sin objeto, sin plan y sin felicidad aparece nuestro destino fuera de la fe religiosa. Para quien dejó caer de sus manos ese hilo de Ariadna, la vida es un laberinto de luchas, de violencias y de locuras; el trabajo le apena, los cuidados le turban, los sufrimientos le agrian; cree ser juguete de la arbitrariedad y del capricho, un instrumento del provecho ajeno, la presa de un poder sombrío; juzga el sacrificio una insensatez, la injusticia le parece siempre victoriosa y le es molesta la vida; en una